

ANIVERSARIO DE LA ESPECIALIDAD DE INGENIERIA NAVAL

Por

Gerald WOOD Mc Ewan
Vicealmirante, Armada de Chile



PARA FIJAR el día que corresponde a la creación de la especialidad de Ingeniería Naval en nuestra Armada, se designó el 3 de julio, fecha que recuerda la promulgación del decreto que creó, en 1889, bajo el gobierno del Excmo. Sr. Don José Manuel Balmaceda Fernández, la Escuela de Mecánicos de la Armada, documento que —consecuente con la visión preclara del estadista— reza en su texto “ha de formar a los mecánicos para la Armada Nacional y para contribuir al desarrollo industrial del país”...

No obstante la importancia de este hito histórico y sus legítimos derechos para constituir la efemérides aniversaria, la Ingeniería Naval es, en nuestra Armada, mucho más antigua. Nació con los albores de la gesta libertaria, junto con la Marina de Guerra y desde ese heroico período primario de gestación, unida a todas las otras especialidades, ha sustentado la gloria, la ardua empresa del progreso, la responsabilidad del triunfo y la victoria, la renovada fe de todos sus integrantes en la grandeza de Chile y la custodia y desarrollo de sus vitales intereses marítimos.

Es imposible ignorar, entre quienes tripularon o acondicionaron las naves precursoras de la noble tradición naval chilena, a los arquitectos navales, a los carpinteros de ribera, a quienes carenaban los fondos, parchaban los costados o reparaban las estructuras. No es posible concebir ausencia de sistemas mecánicos de gobierno, medios de lubricación y enfriamiento de piezas en juego y contacto. No podemos así olvidar a Cochrane y sus hombres accionando bombas y sistemas de achique de fortuna para mantener el buque insignia a flote, frente a la Quiriquina en 1818. La ingeniería, pues, conoció la aurora de la gesta marinera y la vivió con su noble esfuerzo y silenciosa eficiencia, desde su primer destello.

Ya en los últimos tiempos coloniales, se habían instalado en la Nueva Bilbao —antiguo puerto de Constitución— constructores de barcos de madera, cuyos técnicos y operarios concurrieron al llamado de la patria que emergía.

Uno de los buques allí construidos, el “Fortuna”, realizó el 23 de noviembre de 1817 la primera hazaña de la guerra de corso, estimulada y apoyada por el gobierno de O’Higgins, al capturar, en Arica, la fragata “Minerva”.

En 1845, la autoridad marítima de Valparaíso entregó una concesión de playa —ubicada en la actual entrada del Molo— al arquitecto francés Juan Duprat, quien empezó a construir la corbeta de guerra "Constitución". Esta unidad fue botada al agua en 1851 y completada en ese sitio. Sus cañones fueron traídos desde Europa. Fue el primer buque de guerra hecho en Chile, cuando ningún otro país sudamericano soñaba, siquiera con empresas de esa magnitud.

¿Podríamos aceptar, entonces, que la Ingeniería Naval aún no nacía?

No hay duda que el quehacer tecnológico, esencia conceptual de la especialidad y base original de su existencia, estaba ya incorporado, como actividad imprescindible, en la vida de la Armada.

En 1854 —y siempre situándose en la vanguardia del progreso americano— el Ejecutivo fue autorizado por el Congreso para ordenar la construcción en Inglaterra de una corbeta de 200 HP y 800 toneladas de desplazamiento. El 2 de junio de 1855 se decretó el nombre y el lema de esta unidad en construcción, primer buque de guerra de la Armada de Chile con propulsión a hélice accionada por vapor. Y es aquí donde la historia comienza a tejer, con la misteriosa predestinación de la inmortalidad, la sublime trama de su grandeza nacional. El nombre: "Esmeralda", su lema: "Gloria y Victoria". Se pretendía resumir el recuerdo de la hazaña de Cochrane en El Callao, pero en realidad se estaba comenzando a engendrar la gesta homérica de Prat en Iquique.

El arribo de la "Esmeralda" a Valparaíso define el comienzo de la Ingeniería Naval en nuestra Armada, tal como esencialmente la concebimos hasta nuestros días.

Podríamos, con propiedad, sostener que este hecho constituye el primero de los hitos trascendentales de la Ingeniería Naval en Chile y el punto de partida de toda una tradición de abnegación, superación y sacrificio, orientada cardinalmente hacia el progreso institucional, sustentado en una eficiencia proverbial, que ha sido característica permanente de la rama.

La adopción de la turbina en la propulsión naval puede considerarse como el segundo hecho fundamental de esta

trayectoria, que se produce al incorporarse a la flota, en 1914, los cazatorpederos "Lynch" y "Condell", construidos en Inglaterra, cuando la amenaza de la primera conflagración mundial ya se cernía sobre la humanidad.

Aun cuando estos buques quemaban en sus calderas carbón y petróleo, siguió siendo la pala del fogonero, el símbolo del esfuerzo inherente a los hombres de mar consagrados a esta especialidad.

En 1918, terminada ya la guerra, arribaron al país los submarinos clase "H", construidos en los Estados Unidos.

Toda una nueva técnica y subespecialización se hizo presente en la Armada y la ingeniería conoció, con ellos, el motor diesel aplicado a la propulsión naval.

Debemos entonces también recordar que, al finalizar la década de los 20 y comienzos del 30, regresó el acorazado "Latorre", modernizado, y llegaron al país los seis destructores de la clase "Serrano", todos ya con combustible líquido.

Pero es en el año 1947 cuando se produce una verdadera revolución técnica dentro de la Ingeniería Naval, Eléctrica y Mecánica, al incorporarse a la flota los transportes "Presidente Errázuriz" y "Presidente Pinto". La adquisición de estos buques marcó un gran paso en cuanto al progreso en la operación de plantas propulsoras, cuyo decisivo avance se tradujo en la capacitación, a partir de ese hecho, de oficiales y personal de gente de mar, para la operación, mantenimiento y reparación de elementos diseñados dentro de los conceptos más modernos de la propulsión naval, incluidas las calderas de alta presión, alta temperatura y alto poder evaporativo, los sistemas turbo-eléctricos y la generalización de la corriente alterna en todos los sistemas y servicios de a bordo. Estas unidades constituyeron una verdadera "alma mater" práctica de todas las generaciones de ingenieros, mecánicos, electricistas y en general, de todo el personal que, a partir de entonces, ha cubierto los distintos Departamentos de Ingeniería de las naves de la flota, sin que ningún progreso o avance técnico haya representado un desafío imposible de superar por parte de nuestros hombres.

Paralelamente y como complemento indispensable al progreso y desarrollo incesante y sostenido de los medios técni-

cos y materiales, la Armada emprendió, con igual tesón y perseverancia, la formación de la gente llamada a responsabilizarse de su eficiente manejo y mantención. La historia de los centros docentes profesionales ha sido una auténtica campaña de perfeccionamiento y rigor científico, en todos los niveles, librada generalmente con escasez de medios, increíble falta de recursos, pero firme voluntad de sobreponerse a todas las dificultades.

Desde la fundación de la Escuela de Mecánicos de la Armada, hace 87 años, hasta hoy, pasando por la Escuela de Ingenieros Mecánicos e Industriales, creada en Valparaíso por el Presidente, almirante don Jorge Montt, el Instituto formador peregrinó por distintas bases y apostaderos —tanto en edificios de tierra tales como el fuerte "Valdivia" y la Escuela de Ingenieros de la Armada en Talcahuano, como a bordo del blindado "Prat", fundado, sucesivamente, en Coquimbo, Valparaíso y Talcahuano— impartiendo instrucción, en las disciplinas de la especialidad, a los distintos niveles de la jerarquía profesional.

Estos centros docentes de la técnica y la ingeniería, fieles a su inspiración original, formaron a los especialistas para la Armada y antes que ninguna otra Universidad o instituto entregaron a la industria, a las empresas, a la minería y a todas las actividades de la producción nacional, los ingenieros y mecánicos que las hicieron desarrollarse, progresar y llegar a convertirse, sucesivamente y hasta ahora, en los pilares sustentadores de toda la estructura económica de la nación.

Momentos estelares de la historia de esta Escuela los constituyen la fusión, en 1928, de la de Ingenieros con la Escuela Naval, empezando la formación de los oficiales de ambas ramas, bajo el común y noble alero del primer instituto de formación naval de Chile. Lo es también el establecimiento, en 1939, de la Escuela de Máquinas y Electricidad, en el local del Depósito de Marineros, ubicado en el solar que hoy ocupa la Academia de Guerra Naval, en Playa Ancha. Desde entonces se imparten allí cursos regulares de ingeniería para oficiales especialistas, ya que, a partir del mismo año, la Escuela Naval comenzó a brindar instrucción común para todos los futuros oficiales de la Armada.

En 1953 fue denominada Escuela de Ingeniería Naval y el 5 de julio de 1958 se estableció definitivamente en el edificio que ocupa en Las Salinas, cuya estructura, susceptible desde todo punto de vista de perfeccionarse y adecuarse mejor a su función de alta docencia, alberga y genera, con difícil, pero abnegado y silencioso sacrificio, a las futuras generaciones de ingenieros, mecánicos, electricistas, combustionistas, caldereros, buzos, soldadores, controladores de averías, refrigerantes, etc., con menciones en aviación, en submarinos, en armamento, en electrónica y en todas las distintas áreas de la técnica que el progreso institucional ha hecho indispensables.

De esta Escuela, no sólo la Armada y el país han obtenido a los más calificados profesionales de la especialidad, sino también contribuciones científicas de incalculable valor intelectual y técnico, cuya importancia es mayor aún, considerando que el ingenio y la creación imaginativa constituyen la mayor riqueza y aporte para una Marina con las características de la nuestra.

La Armada fue la base indiscutible de la ingeniería mecánica y eléctrica en nuestra patria. También la ingeniería de ferrocarriles se nutrió siempre con nuestros profesionales y aun en el campo de la ingeniería civil, ex oficiales y personal de gente de mar de la institución, han aportado su decisivo esfuerzo, caracterizado siempre por las nobles virtudes de la disciplina, la rectitud moral y la eficiencia, incorporadas intrínsecamente a la personalidad de nuestros hombres.

Hoy en día, mientras con el sacrificio ingente de todos los chilenos se reconstruye a la Patria, oficiales en servicio y en retiro dirigen y presiden las más complejas, vitales y gravitantes empresas de servicios públicos nacionales, con la entrega más ejemplar, pese a continuar laborando, sin restricciones, en las tareas institucionales, afectadas, como sabemos, por reducciones presupuestarias, problemas de desarrollo y falta de medios adecuados para satisfacer las enormes exigencias actuales de la defensa.

A lo largo de la historia cotidiana de nuestro país, nuestro personal también ha sido protagonista silencioso y eficaz de su continuidad existencial, absorbiendo la mantención de los más vitales servicios

de utilidad pública, durante las catástrofes telúricas, climáticas y políticas que han puesto a dura prueba a la nación. Olvidando el precario bienestar y la difícil tranquilidad que la vida naval depara a la gente de la Armada, junto a sus compañeros de armas, los especialistas en las ramas de la ingeniería han garantizado la continuidad de los servicios necesarios para persistir y renacer en medio de la adversidad.

Debo referirme someramente, también en esta solemne ocasión de aniversario, a esa actividad matriz de la Ingeniería Naval, fuente de todo el proceso generador de tecnología especializada, que es la construcción naval con sus áreas de maestranzas y astilleros.

La creación de ASMAR en 1960 y la integración a su ámbito empresarial de toda la infraestructura de reparaciones y construcción naval de la Armada, significó un acontecimiento de la más trascendental relevancia, no sólo para la Institución sino para el país. Resume esta decisión histórica la reunión de un conjunto valiosísimo de condicionantes necesarios para estructurar el núcleo de uno de los más importantes intereses marítimos nacionales, conducentes a solucionar un grave problema financiero y tecnológico institucional, contribuir al apoyo sólido de nuestra Marina Mercante y gravitar en el contexto regional con una capacidad industrial irradiante y exportable.

Sobre la base de los diques de Talcahuano (otra de las visionarias realizaciones de Balmaceda, que orientó su gestión política con criterio marítimo esclarecido y promisor de un futuro grandioso y que por los odiosos intereses internos y externos hubo de ser postergado hasta nuestra actual generación) se ha estructurado una capacidad industrial flexible y operativa, capaz de afrontar la complejidad de los nuevos buques de la Armada y de la Marina Mercante y satisfacer integralmente todos sus requerimientos de reparación en sus talleres especializados, dotados de las técnicas más modernas del mundo, en todos los aspectos de la ingeniería aplicada al diseño, mantenimiento y reparación de la totalidad de los elementos constituyentes de una moderna nave de guerra.

Desde el Apostadero de Talcahuano, desarrollado en torno al núcleo central del dique 1, las maestranzas de la Armada

han ido creciendo e irradiándose estratégicamente, consolidando una voluntad realizadora y comprometida con preceptos de orgullo profesional intransigente.

Pero también ASMAR ha permitido el renacer de la Construcción Naval, actividad en la cual la Armada Nacional fue también pionera y pródiga generatriz de iniciativas precursoras. Las crónicas de principios de siglo, nos recuerdan, por ejemplo, la solemne ceremonia de botadura, en los Astilleros de Lever, Murphy y Cia., en Caleta Abarca, del "Meteoro", escampavía de la Armada totalmente de acero, de 626 toneladas de desplazamiento y dotado con máquinas de triple expansión, de 850 HP construidas integralmente en el mismo astillero, como lo fueron también sus máquinas auxiliares. A la ocasión concurrió el gobierno en pleno. Se había lanzado el primer buque de acero que América Latina entregaba al Pacífico y eso aquí, en Valparaíso.

Volvemos hoy a construir naves y continuaremos haciéndolo, para realización íntima de todos quienes sentimos la vocación de la Ingeniería Naval y del servicio patrio.

Estas palabras, tal vez extensas, no pueden, ni pretenden más que vislumbrar un recuerdo sintetizado del quehacer de los ingenieros y técnicos a lo largo de nuestra historia naval y esclarecer su raigambre en el nacimiento mismo de nuestra nacionalidad.

Los mártires de la especialidad dan fe de ello. Las cenizas de quienes acompañaron a Prat en Iquique, cuando la grandeza de todo un pueblo se hizo carne de heroísmo en la tripulación gloriosa, no descansan en la cripta de los héroes, sino se disolvieron hace ya casi un siglo en las aguas de la rada; porque ellos se hundieron con su buque, como es destino de honor y gloriosa predestinación de todos los "de la máquina"...

Chilenos como vosotros asumieron la responsabilidad de la operación de nuestras plantas propulsoras y, sin embargo, cuando la lista de mártires del 21 de mayo nos dice de "hijos de nuestro pueblo", las dotaciones capturadas al enemigo estaban casi totalmente integradas por extranjeros, en los cargos de ingeniería y de cualquier grado de responsabilidad técnica.

Es la trayectoria de la Ingeniería Naval, que es humilde y silencioso ejemplo de superación, de sublime abnegación, de sacrificio permanente, de perfeccionamiento incesante y de resistencia verdaderamente mística ante la tentación constante de un mejor pasar, de un mayor bienestar, de la holgura a que aspiran, naturalmente, los seres humanos, cuando su temple no es como el de nuestros hombres.

Testigos de vuestro compromiso con Chile y la Armada, son los antiguos almirantes, jefes, oficiales, empleados civiles, suboficiales y gente de mar de Ingeniería que trabajan o han trabajado abnegadamente en esta especialidad y dan

fe de una inquebrantable vocación de servicio y honor. Para ellos, nuestra gratitud emocionada y el reconocimiento a su herencia de ejemplo y tradición.

En el día oficial de la especialidad renovamos nuestra promesa de entrega a Chile, a la Armada y a la Ingeniería Naval, tres conceptos que se encarnan en nuestra propia voluntad: de engrandecer esta promesa de entrega con nuestro esfuerzo, nuestra fe y nuestra dedicación de cada instante. Sólo así nos haremos dignos depositarios y continuadores de una tradición que es tan hermosa, noble y generosa como la pasión patria y la esperanza de su eterna gloria.

